

SE VE EN SU ROSTRO (Prov. 23: 7)

En Milán hay un maravilloso cuadro con colores carmesí, púrpura y dorado que una mano maestra pintó. El tiempo ha suavizado su frescura, pero su vigor, hermosura y belleza todavía están allí. Es el cuadro de la Última Cena en la cual el Maestro fue el anfitrión, justamente antes de que fuera juzgado y crucificado. Jesús está allí en medio de los doce a quienes confió su obra, Les acababa de decir que su hora había llegado, "un poquito, y no me veréis y otra vez un poquito, y me veréis".

y entonces, con ese tono de voz profunda y vibrante, como el de las campanas del templo de Jerusalén, que lo caracterizaba, agregó que entre ellos había uno que lo entregaría a sus enemigos.

En el rostro de los discípulos se dibuja la curiosidad por saber quién es. -¡No Yo, Señor!

-¡Con toda seguridad, yo no soy!

-¡Maestro, tú sabes que yo daría mi vida por ti, nunca te traicionaría!

Si nosotros pudiéramos contemplar ese cuadro nos parecería vivo Y casi oíríamos las voces de los discípulos hablando al Hijo de Dios para que les creyera. Nuestra mirada se encontraría con la mirada penetrante, justa y limpia de Juan, el discípulo amado y seguramente diríamos, no éste no es. Pero al mirar a cada rostro, de pronto nos detendríamos ante un semblante rudo, con una mirada esquiva y astuta, llena de maldad. Este es el hombre, diríamos. Habríamos encontrado a Judas.

Cuando Leonardo de Vinci pintó ese cuadro, buscó y buscó por todas partes el rostro de los personajes que pudieran representar mejor a los doce apóstoles. Uno por uno los fue encontrando hasta que solamente le faltaba Judas. Fue a los centros de vicio Y crimen Y cada vez que veía un rostro endurecido por la maldad, lo observaba cuidadosamente, esperando encontrar en él el rostro de Judas. Los años pasaron y todavía el cuadro estaba sin terminar esperando el modelo que necesitaba.

Y entonces, una noche, cuando las sombras siniestras se recogían en un callejón, se encontró con un rostro cuya maldad y disipación se ajustaban exactamente al rostro que él quería. Llevó al hombre a su estudio Y comenzó a pintarlo.

Mientras trabajaba notó que los ojos del hombre fijos en el cuadro, miraban vagamente el rostro de Juan, el discípulo amado.

-Ese es un rostro hermoso -dijo el artista- o La fuerza y la virilidad que se revelan en él deben de haber sido de gran valor para el discípulo amado.

En la profundidad de los nublados ojos del hombre que había sido seleccionado para representar a Judas, el más odiado de todos los hombres, se estaba efectuando una amarga lucha. -Usted no se acuerda de mí, ¿verdad? -preguntó por fin a Leonardo de Vinci.

-Bueno, no, no creo que le he visto antes -contestó el artista pensativo.

-Ah, sí, usted me ha visto. Hace varios años me trajo usted a este mismo lugar y me sentó aquí mientras pintaba esa cara -y el extraño señaló la cara de Juan que estaba al lado del Maestro mismo- o ¡Ah, sí tan sólo pudiera volver atrás y borrar para siempre la vida que he llevado desde entonces!

Pero él no podía borrar esos años de pecado en los que había vivido, que aparecían en cada gesto, mientras de Vinci, conmovido, continuaba pintando el terrible rostro.

Jesús también está pintando cuadros en nuestras vidas; y si le permitimos, su propia imagen se reflejará en nuestros rostros.